

Regímenes sociodemográficos y estructura familiar: los escenarios cambiantes de los hogares mexicanos

*Marina Ariza
Orlandina de Oliveira*

Introducción

ALO LARGO DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS, las familias mexicanas han experimentado transformaciones que constituyen tanto la expresión de tendencias seculares asociadas al cambio demográfico, como la respuesta más coyuntural a las restricciones emanadas del contexto económico. Ambos procesos se enlazan de forma hasta cierto punto inextricable.

Entre 1950 y los inicios del siglo XXI, se han modificado de manera sustantiva varias de las coordenadas clave del mundo familiar: el tamaño de los hogares, la estructura, el porcentaje de los que residen en zonas urbanas, el número de dependientes, la población senescente, y ciertos rasgos del patrón de nupcialidad, por mencionar sólo algunas de las más importantes; todas con decisivas repercusiones sobre la calidad y el tipo de vida familiar. Estas transformaciones han estado acompañadas de un cambio en las funciones económicas de las familias, ampliándose en general el número de perceptores.

A grandes rasgos, el periodo comprendido entre mediados del siglo XX e inicios del XXI, puede ser subdividido en dos regímenes sociodemográficos (distinción meramente analítica): uno de alta fecundidad acotado por los años de 1950 a 1970; y otro de declinante crecimiento demográfico, desde finales de los setenta en adelante. Sintomáticamente, estos dos momentos han estado acompañados de sendos y opuestos contextos socioeconómicos: de crecimiento y estabilidad económica (1950-1970/79), por un lado; y de reiteradas crisis y débil dinamismo, por otro (1982-2002).

Teniendo como eje ambas distinciones, en este trabajo se contrastan las estructuras y los rasgos familiares predominantes en uno y otro momento del tiempo, dando prioridad a las transformaciones más recientes. El objetivo es doble: primero, reflexionar sobre las condiciones diferenciales que el entorno socioeconómico genera para los hogares mexicanos en distintos contextos sociodemográficos; segundo, destacar en la última parte aquellos contextos familiares que al final del periodo de observación (2002) se encuentran en evidente situación de desventaja social, habida cuenta de la influencia de los cambios económicos y demográficos sobre el bienestar relativo de los hogares.

Los distintos contextos sociodemográficos

A continuación, se describirán sucintamente los rasgos principales del que hemos llamado primer escenario sociodemográfico, con la finalidad de que sirvan de preámbulo para contextualizar el momento actual.

Escenario sociodemográfico I: los años de alto crecimiento demográfico y estabilidad económica

Un conjunto de aspectos —contenidos en el Cuadro 1— resume los rasgos distintivos del que hemos llamado escenario sociodemográfico I, de alta fecundidad y estabilidad económica, enmarcado por los años 1950-1970/79. No cabe duda de que este intervalo encierra los momentos de mayor dinamismo demográfico de la segunda mitad de siglo xx, manifiestos en el vigoroso sentido ascendente de la tasa de crecimiento poblacional entre 1950 y 1970, que alcanza su clímax justo en este último año, y no da muestras de desaceleración sino hasta entrado el primer lustro de los setenta. Este fuerte dinamismo demográfico halla explicación en el elevado número de hijos por mujer, cercano a 7; y en los diferenciales entre la mortalidad y la natalidad. Así, por ejemplo, en el quinquenio 1950-1955, nuestro periodo de referencia inicial, nacían 45.3 niños por cada mil personas, y morían 17 personas por cada 1 000 habitantes. Las muertes de menores de un año eran, sin embargo, relativamente altas a juzgar por el valor de la tasa de mortalidad infantil: en el mismo quinquenio fallecían aproximadamente 121 niños por cada mil nacidos vivos. No obstante, fueron tiempos de mejoría permanente en las condiciones de vida, si éstas son evaluadas por el incremento sostenido en la esperanza de vida al nacer, la que pasó de 50.7 años en 1950-1955 a 60.3 en 1965-1970, ¡un incremento nada menos que de 10 años!

Cuadro 1

Régimen sociodemográfico I: alta fecundidad y estabilidad económica

<i>Indicadores demográficos*</i>	1950-1955	1965-1970	1970-1975
Tasa bruta de natalidad	45.3	44.6	43.2
Tasa bruta de mortalidad	17.0	11.0	9.5
Tasa de mortalidad infantil	121.2	79.4	69.0
Tasa global de fecundidad	6.9	6.8	6.5
Tasa de crecimiento poblacional	2.7	3.19	3.11
Esperanza de vida al nacer	50.5	60.3	62.6
	1950	1960	1970
Población menor de 15 años	42.0	45.0	46.5
Población mayor de 60 años	4.89 ^g	—	4.93
Relación de dependencia	86.6	98.4	103.1
<i>Indicadores familiares</i>			
Porcentaje hogares nucleares	—	—	80.7 ^a
Porcentaje hogares no nucleares	—	—	19.3 ^a
Porcentaje de hogares con jefatura femenina	—	—	14.0 ^b
Tamaño promedio del hogar	—	5.36 ^a	5.23 ^a
<i>Indicadores socioeconómicos</i>			
Nivel de urbanización	—	—	44.6 ^c
Tasa de crecimiento económico	7.6	6.5	6.5
	(1950-1960) ^h	(1960-1970)	(1970-1980)
Tasa de participación económica femenina	13.1 ^d	—	16.0 ^e
Porcentajes de pobreza	77.5 ^f	58.0	48.5
	(1963)	(1977)	(1981)

* Los indicadores demográficos corresponden a estimaciones de CELADE (2002).

^a López (1989).

^b García y Rojas (2002), quienes a su vez lo toman de Naciones Unidas, *Demographic Yearbook*.

^c Aguilar y Graizbord (2001).

^d Morelos (1972).

^e X Censo General de Población, México, 1980.

^f Boltvinik (2001).

^g Montes de Oca (2001).

^h Las tasas de crecimiento económico decenales son geométricas y se calcularon a partir del valor absoluto del PIB a precios de 1993, según la serie publicada en Garza (2003).

Un correlato natural de este fuerte incremento demográfico fueron las elevadas y crecientes relaciones de dependencia, las que también alcanzan su punto máximo en 1970-1975, momento en el que el grupo de edad de entre 15 y 59 años debía en principio proveer el sustento económico a un volumen de población que al menos la duplicaba (relación de dependencia de 103.1).¹ La demanda más fuerte de recursos provenía sin duda de los menores de 15 años, que en 1970 representaban 46.5% de la población, pues el llamado grupo de la tercera edad no llegaba a 5% del total.

Consecuentemente, el tamaño promedio de las familias era relativamente alto, alrededor de 5.3 miembros en 1970-1975. En términos de la estructura, no deja de sorprender el peso abrumador de las familias nucleares que en este último periodo agrupaban a 81% de los hogares (aunque las cifras estén sobreestimadas),² así como la presencia moderada de los encabezados por mujeres, sólo 14%. La temprana edad a la unión, la relativa alta estabilidad de las uniones —expresada en la bajas tasas de divorcialidad—, y el predominio del matrimonio legal, son otros rasgos característicos del patrón de formación familiar mexicano durante esos años (Ariza, González de la Rocha y Oliveira, 1994).³

El esquema de división sexual del trabajo predominante daba cuenta de una acentuada polarización genérica, con una baja —aunque creciente— participación económica femenina en el trabajo extradoméstico, y una alta dedicación a las tareas de la reproducción familiar.⁴ Son los años que podríamos calificar de representativos (o “*de oro*”) del modelo tradicional de vida familiar: el del jefe varón proveedor exclusivo y la mujer ama de casa, en el que confluyen tanto la estrategia de crecimiento económico vigente como las condiciones de la oferta laboral. Como es sabido, el dinamismo económico durante el periodo estuvo liderado por el modelo de sustitución de importacio-

¹ Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en México algunas de las personas que se encuentran fuera de la edad laboral (niños y ancianos) también trabajan. Como nos fue sugerido por uno de los evaluadores anónimos, relacionar la población económicamente activa con la población económicamente no activa constituiría un mejor indicador de la relación de dependencia.

² La definición de *familia censal* contenida en el censo de 1970, poco clara y ambigua, refiere al “...conjunto de personas que, unidas o no por parentesco, hacen *vida en común*, bajo un mismo techo, en torno a un núcleo familiar conyugal...”, por lo que tendió a producir una sobreestimación del número de hogares nucleares (López, 1989:686).

³ Tanto en 1960 como en 1970, la edad promedio al matrimonio de las mujeres mexicanas era de alrededor de 21 años; las uniones consensuales no sobrepasaban 17%; y la tasas brutas de divorcio no llegaban al uno por mil (Ariza, González de la Rocha y Oliveira, 1994).

⁴ En 1950 la tasa de actividad económica femenina era de apenas 13%; en 1970 había ascendido a 16%, y en 1979 a 21.5% (Oliveira, Ariza y Eternod, 2001).

nes, en el marco del cual se conformó el grueso de la mano de obra industrial asalariada. Los sectores ejes del crecimiento descansaban en una fuerza de trabajo esencialmente masculina destinada a las industrias pesadas y de transformación de bienes de capital. Por otro lado, y desde el punto de vista de la oferta, las fuertes cargas familiares que las condiciones demográficas recién reseñadas depositaban en las mujeres, así como los magros recursos con que contaban para competir exitosamente en el mercado de trabajo dados sus niveles de escolaridad, constituían un freno a su disponibilidad económica. Las mujeres con una mayor escolaridad eran las que más fácilmente podrían ingresar al mercado de trabajo.⁵ Existía así, en cierto modo, una suerte de correspondencia entre el esquema económico prevaleciente y la división sexual del trabajo, tanto fuera como dentro del hogar (véanse Rendón y Salas, 1987; Rendón, 2003; Oliveira, Ariza y Eternod, 2001).

No obstante, esta estrategia de desarrollo, si bien claramente masculinizada⁶ y con una considerable carga demográfica, proporcionó al país los años de mayor bonanza económica relativa durante la segunda mitad del siglo xx. En efecto, entre 1950 y 1960, por ejemplo, la economía nacional experimentó tasas anuales de crecimiento económico de 7%, las más altas de su historia reciente. Fueron por tanto, en general, años de bienestar económico y de considerable movilidad social de la población.⁷

Estos aspectos explican el descenso sostenido y galopante de los niveles de pobreza ocurrido entre 1963 y 1981, los que pasaron de más de 75 a menos de 50%, de acuerdo con las estimaciones realizadas por Hernández Laos (1992) y Boltvinik (2001). Es interesante hacer notar que, una vez alcanzado su máximo declive en 1981, los porcentajes de pobreza retomaron su espiral ascendente —motorizados sin duda por el parteaguas de la crisis de 1982— para alcanzar, en el año 1994, valores cercanos a los exhibidos en las décadas de 1960 y 1970.

Finalmente, y para completar el breve bosquejo de este escenario, es necesario resaltar que, desde el punto de vista de la distribución espacial,

⁵ Es sabido que una característica distintiva de la fuerza de trabajo femenina es su mayor nivel de escolaridad en relación con la masculina.

⁶ De manera incipiente, la propia dinámica de crecimiento de los sectores y subsectores económicos durante el periodo de sustitución de importaciones, creó condiciones que en el mediano y largo plazo favorecieron la gradual inserción económica de las mujeres, principalmente a través del estímulo otorgado a las actividades terciarias (Oliveira, Ariza y Eternod, 2001).

⁷ De acuerdo con las estimaciones de Zenteno (2002), la cohorte de hombres nacida entre 1951-1953, que llegó a la edad adulta en los años en los que todavía predominaba el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, fue la que tuvo una mayor movilidad intergeneracional, comparada tanto con la nacida en 1936-1938, como con la de 1966-1968.

estuvo caracterizado por el predominio de la población rural (55.4% en 1970-1975), y por grandes movimientos migratorios internos, principalmente del campo a la ciudad. Fue en este lapso en que se configuraron (o afianzaron) los principales centros urbanos del país.

Escenario sociodemográfico II: fecundidad declinante, crisis e inestabilidad económica, 1982-2002

Esbozaremos en primer lugar los aspectos generales que caracterizan a este segundo escenario sociodemográfico, para luego detenernos en los cambios observados en la estructura y la dinámica familiar durante la década de 1990.

Aspectos generales

Los indicadores demográficos recogidos en el Cuadro 2 no dejan dudas acerca de la radicalidad de los cambios ocurridos en el perfil global de la población mexicana entre uno y otro momento del tiempo. El contraste entre ambos escenarios muestra inequívocamente los efectos del avance secular de la transición demográfica. Entre la serie de factores intervinientes, es probablemente el pronunciado descenso de la fecundidad el de mayor fuerza gravitacional sobre el conjunto de la estructura. En efecto, en el quinquenio 1995-2000, las mujeres mexicanas tenían en promedio menos de la mitad de los hijos que sus congéneres cuarenta y cinco años atrás, esto es, en 1950-1955.

Este aspecto, unido al continuo descenso de la mortalidad y a la creciente importancia de la migración internacional,⁸ han dado como resultado la fuerte desaceleración del crecimiento demográfico ocurrida en los últimos veinte años: entre inicios y fin del periodo (1982-2002), la población pasó de expandirse con tasas cercanas a 3% anual, a valores inferiores a 2%, próximos al nivel de reemplazo.

Son verdaderamente llamativas las ganancias en la mortalidad infantil y en la esperanza de vida al nacer. Esta última registró un incremento de casi 22 años entre los quinquenios de 1950-1955 y 1995-2000. La confluencia de estas tendencias ha desembocado, entre otras cosas, en el notable aligeramiento de la carga poblacional que pesa sobre el segmento en edad activa (15-

⁸ Las estimaciones de CELADE (2002) muestran un incremento sostenido de la tasa de migración desde 1980-1985 en adelante, con un punto máximo en el quinquenio 1985-1990.

Cuadro 2

Régimen sociodemográfico II:
fecundidad declinante, crisis e inestabilidad económica

<i>Indicadores demográficos*</i>	1980-1985	1990-1995	1995-2000
Tasa bruta de natalidad	31.9	27.0	24.6
Tasa bruta de mortalidad	6.4	6.1	5.4
Tasa de mortalidad infantil	47.0	34.0	31.0
Tasa global de fecundidad	4.2	3.1	2.8
Tasa de crecimiento poblacional	2.21	1.82	1.63
Esperanza de vida al nacer	67.7	71.5	72.4
	1980	1990	2000
Población menor de 15 años	45.1	38.6	33.1
Población mayor de 60 años	—	6.61 ^a	8.57 ^b
Relación de dependencia	95.8	74.0	61.0
<i>Indicadores familiares*</i>		1989	2002
Porcentaje hogares nucleares	—	71.6	70.8
Porcentaje hogares extensos	—	19.2	19.0
Porcentaje hogares nucleares monoparentales con jefa mujer	—	6.4	9.4
Tamaño promedio del hogar	—	4.7	4.0
<i>Indicadores socioeconómicos</i>	1980	1990	2000
Nivel de urbanización	55.0	63.4	67.3 ^c
Tasa de crecimiento económico	1.6 ^g	—	3.4
	(1980-1990)		(1990-2000)
Tasa de participación económica femenina	21.5 ^c	31.5 ^d	36.8 ^f
Porcentajes de pobreza	58.5	64.0	65.2
	(1984)	(1989)	(1994)

* Refiere sólo a áreas urbanas, fuente: Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH).

Fuentes: ^a Año 1989, fuente ENIGH; ^b año 2002, fuente ENIGH; ^c año 1979, Encuesta Continua de Ocupación; ^d se refiere al año 1991, Encuesta Nacional de Empleo (ENE), INEGI; ^e los datos de urbanización provienen de Garza (2003); los de pobreza de Boltvinik (2001). Los indicadores demográficos corresponden a estimaciones de CELADE (2002). ^f ENE, INEGI. ^g Las tasas de crecimiento decenales son geométricas y se calcularon a partir del valor absoluto del PIB a precios de 1993, según la serie publicada en Garza (2003).

59), expresada en un descenso de la relación de dependencia de 103.1, su máximo histórico en 1970-1975, a alrededor de 61 en 2000,⁹ hecho que ha suscitado por parte de los especialistas el debate acerca del llamado *bono demográfico*. Por bono demográfico se entiende la ventana de oportunidades que el país podría aprovechar para lograr un crecimiento económico sostenido, siempre y cuando la fuerza de trabajo disponible logre insertarse en el mercado de trabajo en empleos de calidad.

Como es conocido, el declive sostenido de la fecundidad y el aumento de la esperanza de vida al nacer traen consigo otros dos procesos concomitantes: el incremento de la población senescente y la disminución del tamaño promedio del hogar. Entre 1950 y 2000, el porcentaje de personas de 60 años y más se elevó en 3.68 puntos porcentuales, de modo que la representación de los adultos mayores en el total de la población en 2002 es casi el doble que en 1950. No obstante, *no* nos encontramos todavía en el subconjunto de las naciones con poblaciones envejecidas, pues dicha posición sólo se alcanza al cruzar el umbral del 10% en el grupo de los mayores de 60 (Peláez, Palloni y Ferrer, 1999). A su vez, el descenso paulatino del tamaño promedio del hogar, si bien arranca desde los años setenta (López, 1989), halla un impulso decisivo en la última década, al menos en lo que toca a los hogares urbanos.

Entre otras cosas, el aumento de la esperanza de vida al nacer ha prolongado inesperadamente la duración de los roles familiares. Así, por ejemplo, una pareja que contraiga matrimonio en la actualidad puede esperar vivir alrededor de cuarenta años juntos (López, 1998). Concomitantemente, la reducción de la fecundidad ha acortado el tiempo que las mujeres dedican a la reproducción sociobiológica. La utilización creciente de los anticonceptivos ha posibilitado en cierta medida un mayor control de las mujeres sobre sus cuerpos, acentuando la separación entre la reproducción y la sexualidad. Este aspecto representa un cambio de gran trascendencia sobre la concepción de la vida familiar, pues al independizar a las mujeres —sobre todo a las de mayor escolaridad— de la sujeción a la reproducción natural les abre la posibilidad de optar por otros itinerarios sociales. El aumento de las uniones consensuales, un leve retraso en la edad a la unión, un ligero incremento de la divorcialidad, y cambios importantes en la nupcialidad joven, son transformaciones del patrón de formación familiar que también han acontecido en este segundo periodo (Quilodrán, 2004).¹⁰

⁹ Para una revisión de estos aspectos véanse las numerosas publicaciones del Consejo Nacional de Población de México (CONAPO).

¹⁰ Entre 1970 y 1990 las uniones libres se incrementaron en 24%, mientras se observan cambios significativos en la naturaleza y el calendario de las generaciones jóvenes, es decir, las

En términos de la división sexual del trabajo, asistimos en estos años a una relativa flexibilización de la acentuada polarización genérica prevalente en el subperiodo anterior (de *alta fecundidad y estabilidad económica*). Su manifestación más elocuente es el crecimiento sostenido de la tasa de participación económica femenina, la que al menos se duplicó entre 1970 y 2000. Como ha sido extensamente documentado por los especialistas en el tema, varios son los factores que subyacen a este proceso, sobresalen entre ellos: la ampliación de la terciarización económica, con su inequívoca impronta feminizadora; la acentuada preferencia por fuerza de trabajo femenina de algunas de las industrias que dinamizan el crecimiento económico en el marco de la reestructuración y apertura externa, en particular las maquiladoras;¹¹ la creciente urbanización, y el papel catalizador de las sucesivas crisis económicas por sus efectos sobre el ingreso familiar. Desde el punto de vista de la oferta laboral, y descontados los aspectos del cambio demográfico antes enunciados, es necesario señalar el incremento sostenido de los niveles de escolaridad de la población femenina.

Pero esta relativa flexibilización de la división sexual del trabajo no ha estado acompañada de un replanteamiento de las funciones reproductivas de los miembros del hogar, por lo que la incompatibilidad entre las esferas doméstica y extradoméstica del trabajo sigue condicionando negativamente la actividad económica de las mujeres. Por sí mismo, el incremento de la participación económica femenina—uno de los cambios más sobresalientes del mercado de trabajo en el México finisecular— trae consigo una tenue modificación del modelo familiar tradicional, el del jefe proveedor exclusivo-mujer ama de casa, al dar paso en los hechos a pautas más coparticipativas, al menos en lo que se refiere a la generación del sustento familiar. Un dato que corrobora esta afirmación es la disminución del número de hogares que dependen del ingreso de un único aportante, casi siempre el jefe-varón. A mediados de los años noventa, menos de la mitad de los hogares mexicanos se sustentaba con el ingreso de un sólo proveedor. El cambio se produjo esencialmente entre 1984 y 1994, cuando el porcentaje de hogares con un

nacidas a fines de la década de 1960. De forma importante estos cambios se expresan en una reducción de la proporción de mujeres unidas a los 20 años entre 1970 y 1997 (Quilodrán, 2004).

¹¹ Entre 1980 y 1998, el número de empleados en las industrias maquiladoras pasó de 101 020 a 817 877; en el año 2000 sobrepasaba el millón (1 307 982). Sin embargo, por efecto de la recesión norteamericana se perdieron 226 000 empleos y se cerraron 253 establecimientos entre diciembre de 2000 y diciembre de 2001 (Fleck, 2001; Carrillo y De la O, 2003; INEGI, 2002). Tanto la creciente diversificación geográfica como la relativa masculinización son dos cambios importantes ocurridos en la industria maquiladora desde mediados de los ochenta.

sólo perceptor se redujo de 58.2 a 45.8%. El descenso fue aún mayor en los hogares de menores ingresos relativos (aquellos en los que el jefe recibe menos de dos salarios mínimos), en los que el mismo indicador pasó de 57.4 a 40.7% (Oliveira, 1999).

Al menos desde el punto de vista estrictamente poblacional, y a pesar de la mayor inercia de los cambios demográficos, los aspectos reseñados (reducción del tamaño promedio de los hogares, relaciones de dependencia sustancialmente más bajas, mayor esperanza de vida al nacer, menor descendencia), crean en principio condiciones más favorables para la reproducción del grupo familiar al aligerar la carga de reproducción que pesa sobre él. Empero, tal y como lo deja entrever el resto de los aspectos analizados, las ganancias demográficas han sido insistentemente contrarrestadas por las continuas fluctuaciones del entorno socioeconómico. En efecto, en abierta oposición con la situación que primó en los años representativos del régimen sociodemográfico I, el débil crecimiento económico y las reiteradas coyunturas de crisis han sido las notas distintivas del periodo actual, como queda en evidencia en la evolución de las tasas de crecimiento en los años seleccionados. En el último trienio (2001-2003), por ejemplo, el promedio de la tasa de variación anual del PIB fue de apenas 0.56 (PNUD, 2004), muy lejos de los valores exhibidos en los momentos de mayor dinamismo del modelo de industrialización por sustitución de importaciones. Estos aspectos explican la evolución ascendente del porcentaje de pobreza en la mayor parte del periodo, el que a mediados de los noventa abarcaba al menos a 65% de la población (Boltvinik, 2001), como también las cuotas más altas de movilidad social descendente experimentadas por la población en relación con las cohortes previas (Zenteno, 2002).

Con menos miembros por hogar y en condiciones de prolongada restricción económica, las familias han respondido elevando y diversificando su oferta laboral. El análisis de la evolución del número de perceptores por hogar muestra una elevación sistemática de éstos en todos los hogares desde 1984 (Rubalcava, 2001; Cortés, 2000).¹² Por las razones antes expuestas, el recurso por excelencia ha sido el de la mano de obra femenina, en especial de las esposas (*ibidem*), puesto que la utilización de la fuerza de trabajo que representan los hijos ha sido parcialmente contrarrestada por la extensión del proceso de escolarización (García y Pacheco, 2001).

Vale la pena destacar que estas estrategias de los hogares se despliegan principalmente en los contextos urbanos, pues es ahí donde reside ahora al-

¹² Entre 1977 y 1998 el número de perceptores por hogar aumentó de 1.53 a 1.79% (Cortés, 2000).

rededor de 65% de la población, otro cambio sustantivo acontecido en las dos últimas décadas del siglo xx. Además del incremento en el nivel de urbanización, ha disminuido la intensidad de las migraciones internas a favor de los desplazamientos internacionales, se ha afianzado la dependencia económica de los hogares de las remesas del exterior, y han cobrado ímpetu los vínculos transnacionales en el contexto de la globalización.

Tendencias recientes de la estructura y la dinámica familiar

La observación de la evolución seguida por las familias mexicanas en los últimos años (1989-2003)¹³ contenida en los Cuadros 3 y 4, denota tanto la afirmación de tendencias previas como la emergencia de otras no entrevistadas con anterioridad. Desde el punto de vista de la *estructura*, se afianza el proceso de crecimiento de los hogares no tradicionales (en contraste con el modelo normativo padre-madre e hijos), perceptible ya desde los años ochenta: hablamos de los unipersonales y de los monoparentales con jefatura femenina, los que tuvieron un importante incremento entre uno y otro momento del tiempo.

Si bien las familias nucleares siguen agrupando alrededor de 70% de los hogares mexicanos, rasgo que distingue al país en el contexto de la subregión centroamericana (Ariza y Oliveira, 2004),¹⁴ es de destacar la pérdida de importancia del hogar nuclear tradicional (de 57.6 a 51.7%) a favor de las unidades nucleares sin hijos y de las encabezadas por mujeres. Este aspecto, junto a la expansión de los hogares unipersonales, apunta hacia una incipiente *diversificación de los itinerarios familiares*.

Desde el punto de vista de la *dinámica*, entendiendo por ésta la evolución pautada por el ciclo de vida familiar, nos encontramos ante una significativa disminución del peso de las etapas centrales, las dedicadas a la reproducción socio-biológica (inicial, de expansión y de consolidación), con la consecuente ampliación de las más tardías de desmembramiento y “pareja vieja sin hijos”.¹⁵ Ambos aspectos, estructura y dinámica familiar, se entrela-

¹³ Nos referimos sólo a los contextos urbanos. La fuente de información para ambos años es la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH).

¹⁴ México y Costa Rica, en contraste con Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, se distinguen por el alto peso de los hogares nucleares y la menor importancia relativa de las uniones consensuales (Ariza y Oliveira, 2004).

¹⁵ La tipología de hogares según ciclo vital es la utilizada por la CEPAL. De acuerdo con ella: 1) la etapa inicial corresponde a aquella en que los hijos tienen de 0 a 5 años, en una familia nuclear, extensa, o compuesta con núcleo conyugal completo o incompleto; 2) la de expansión, con las mismas características, pero las edades de los hijos oscilan entre 6 y 12, o

Cuadro 3

Estructura familiar y tamaño medio del hogar,
México, áreas urbanas, 1989 y 2002
(porcentajes)

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Porcentaje</i>		<i>Tamaño promedio del hogar</i>	
	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>
<i>Hogares no familiares</i>				
Unipersonales	4.6	6.5	—	—
Hogar sin núcleo conyugal	4.1	3.2	3.3	3.1
<i>Hogares familiares</i>				
<i>Nucleares</i>				
Nuclear sin hijos	6.3	8.3	2.0	2.0
Nuclear biparental con hijos	57.6	51.7	5.0	4.3
Nuclear monoparental jefe hombre	1.2	1.5	3.6	2.9
Nuclear monoparental jefe mujer	6.4	9.4	3.5	3.3
<i>No nucleares</i>				
Extensa	19.2	19.0	6.6	5.8
Compuesta	0.5	0.4	6.4	5.6

Fuente: elaborado con base en Ariza y Oliveira (2004) (tabulaciones especiales de la CEPAL con base en la ENIGH, 1989, 2002).

zan de manera indisociable y denotan una vez más el curso de la transición demográfica sobre la conformación familiar mexicana en los albores del siglo XXI. Veámoslas con mayor detalle.

El aumento de los hogares unipersonales es un resultado esperable de la prolongación de la esperanza de vida al nacer. En la misma medida en que ésta crece se eleva la probabilidad de disolución conyugal, ya sea por viudez

una combinación de las edades precedentes, si hay dos hijos o más; 3) la de consolidación, 13 a 18 años, o combinación de éstas y las edades anteriores dependiendo del número de hijos; 4) la de desmembramiento, 19 a 24 años, o con uno o más hijos de 25 años o más; 5) y la de pareja vieja sin hijos, al núcleo conyugal biparental sin hijos en que la mujer tiene 40 o más años de edad.

Cuadro 4

Distribución de los hogares familiares según etapa del ciclo vital, México, zonas urbanas, 1989 y 2002
(porcentajes)

<i>Ciclo vital Familiar</i>	<i>Pareja joven sin hijos</i>		<i>Etapa inicial</i>		<i>Etapa de expansión</i>		<i>Etapa de consolidación</i>		<i>Etapa de desmem- bramiento</i>		<i>Etapa de pareja vieja sin hijos</i>	
	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>	<i>1989</i>	<i>2002</i>
<i>Tipo de hogar</i>												
Nucleares sin hijos	50.73	34.11	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	49.27	65.89
Nuclear biparental con hijos	0.0	0.0	20.13	17.42	28.02	27.0	44.79	42.41	7.07	13.17	0.0	0.0
Nuclear monoparental jefe hombre	0.0	0.0	1.99	0.65	4.31	5.12	52.55	41.11	41.07	53.12	0.0	0.0
Nuclear monoparental jefe mujer	0.0	0.0	3.41	3.81	11.09	17.04	55.65	38.78	29.82	40.37	0.0	0.0
Extensas	3.2	0.97	8.15	6.17	13.21	8.1	41.03	31.83	30.87	49.34	3.54	3.59
Compuestas	0.0	5.29	12.08	7.68	11.09	26.95	39.8	40.78	34.65	16.38	2.38	3.07

Fuente: elaborado con base en Ariza y Oliveria (2004) (tabulaciones especiales de la CEPAL con base en la ENIGH, 1989, 2002).

o separación (en lenguaje demográfico: mayor exposición al riesgo de disolución por la sola extensión de los años de vida en pareja). Aunque significativo, el aumento de los hogares unipersonales no alcanza todavía los valores exhibidos por los países de mayor envejecimiento relativo de América Latina, los del cono sur.¹⁶ Dichos hogares, en contraste con los extensos o compuestos, ameritan de la autosuficiencia económica individual para la subsistencia, de aquí que no suelen mostrar altos niveles de pobreza (Cuadros 5 y 6). Dada la mortalidad diferencial por sexo, es probable que un número considerable de ellos esté conformado por mujeres mayores de 60 años.¹⁷

El crecimiento de las familias nucleares sin hijos (de 6.3 a 8.3%) es también una expresión de la mayor sobrevivencia de los hogares. Los datos muestran que tal expansión obedece exclusivamente al incremento de los que se encuentran en la etapa de la pareja vieja sin hijos (con una diferencia de 16.6 puntos porcentuales entre ambos años, Cuadro 4), lo que quiere decir que estas unidades familiares nucleares alcanzan ahora a mantenerse con más frecuencia hasta el momento en que los hijos abandonan la casa y se inaugura para ellas la llamada etapa del nido vacío.¹⁸ Lo mismo sucede con las biparentales con hijos, las que a principios del siglo XXI pueden esperar llegar con mayor probabilidad a la etapa en que todavía permanecen en el hogar los hijos de entre 19 y 24 años o 25 y más.

De los datos emerge con claridad que la reducción del hogar normativo tradicional (biparental con hijos), obedece tanto a la expansión de los demás tipos de hogares (nucleares sin hijos, unipersonal, y monoparentales femeninos), como a la progresiva pérdida de importancia de las etapas centrales del ciclo vital familiar, según fue referido. En contraste, el crecimiento de los hogares encabezados por mujeres, un hecho que viene documentándose sistemáticamente desde finales de los ochenta,¹⁹ encierra una mayor complejidad. Hay de suyo un aspecto demográfico insoslayable en la medida en que la probabilidad de su ocurrencia aumenta con la edad, dada la mayor so-

¹⁶ En el año 1999, alrededor de 17% de los hogares de Uruguay eran unipersonales (Arriagada, 2001; Chackiel, 2000).

¹⁷ Alrededor de la tercera parte de estos hogares está integrada por un adulto mayor de 65 años (datos no presentados en los cuadros).

¹⁸ Por definición, los hogares nucleares sin hijos se presentan en dos etapas del ciclo vital familiar: al inicio de la vida en pareja y al final, cuando ya los hijos no corresiden con los padres. Lo que crece en los años noventa es el porcentaje de los que se encuentran en etapas tardías.

¹⁹ En el caso de México, el incremento de los hogares encabezados por mujeres viene constatándose reiteradamente al menos desde finales de los años ochenta (López e Izasola, 1994; García y Rojas, 2002).

Cuadro 5

Distribución de los hogares según porcentaje de pobreza y etapa del ciclo vital familiar, México, zonas urbanas, 2002

<i>Ciclo vital Familiar</i>	<i>Todos los hogares</i>	<i>Pareja joven sin hijos</i>	<i>Etapa inicial</i>	<i>Etapa de expansión</i>	<i>Etapa de consolidación</i>	<i>Etapa de desmembramiento</i>	<i>Etapa de pareja vieja sin hijos</i>
<i>Tipo de hogar</i>							
Total de hogares	26.0	6.2	27.0	37.1	32.1	19.7	16.7
Hogares unipersonales	5.3	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Sin núcleo conyugal	21.5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Nuclear sin hijos	11.1	0.0	4.9	0.0	0.0	0.0	14.3
Nuclear biparental con hijos	28.0	—	26.5	36.7	29.0	8.3	0.0
Nuclear monoparental jefe hombre	5.4	0.0	0.0	0.0	6.8	4.9	0.0
Nuclear monoparental jefe mujer	27.3	—	26.9	35.4	39.7	12.9	0.0
Extensas	35.8						
Biparental	34.6	27.9	32.6	36.8	40.2	29.6	36.2
Monoparental jefe hombre	25.9	—	0.0	34.0	38.4	24.1	—
Monoparental jefe mujer	40.1	—	22.4	62.6	44.8	36.5	—
Compuestas	33.2	0.0	22.2	61.1	27.0	25.0	0.0

Fuente: elaborado con base en Ariza y Oliveria (2004) (tabulaciones especiales de la CEPAL con base en la ENIGH, 1989, 2002).

Cuadro 6

Distribución de los hogares según porcentaje de indigencia y etapa del ciclo vital familiar,
México, zonas urbanas, 2002

<i>Ciclo vital Familiar</i>	<i>Todos los hogares</i>	<i>Pareja joven sin hijos</i>	<i>Etapa inicial</i>	<i>Etapa de expansión</i>	<i>Etapa de consolidación</i>	<i>Etapa de desmembramiento</i>	<i>Etapa de pareja vieja sin hijos</i>
<i>Tipo de hogar</i>							
Total de hogares	4.8	0.3	3.9	7.7	6.2	3.4	2.6
Hogares unipersonales	0.1	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Sin núcleo conyugal	4.5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Nuclear sin hijos	1.1	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	1.7
Nuclear biparental con hijos	4.9	0.0	4.2	7.2	5.1	0.8	0.0
Nuclear monoparental jefe hombre	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Nuclear monoparental jefe mujer	4.5	0.0	1.0	6.6	8.1	0.5	0.0
Extensas	8.1						
Biparental	7.2	5.0	2.7	11.8	8.4	5.7	9.8
Monoparental jefe hombre	4.7	—	0.0	0.0	8.5	4.4	—
Monoparental jefe mujer	10.7	—	0.0	23.0	14.2	8.3	—
Compuestas	6.6	0.0	4.1	0.5	7.0	20.1	0.0

Fuente: Elaborado con base en Ariza y Oliveria (2004) (tabulaciones especiales de la CEPAL con base en la ENIGH, 1989, 2002).

brevivencia de las mujeres y su menor proclividad a los recasamientos; pero inciden también de manera no despreciable aspectos de carácter sociocultural y económico, entre los que destacan: las pautas de unión conyugal, la magnitud de la emigración masculina, la frecuencia del embarazo adolescente, la composición étnica de la población, el nivel de urbanización y el grado de participación económica femenina.²⁰ Se señalan a su vez factores de carácter histórico-cultural que otorgarían una continua relevancia a la formación de los hogares con jefatura femenina en las sociedades latinoamericanas (Massiah, 1983; Ariza y Oliveira, 1999; De Vos, 1995; Quilodrán, 2001).²¹

La abundante investigación sobre el tema ha delineado con claridad algunos de los rasgos que distinguen a estos hogares: menor tamaño relativo, frecuente integración en unidades no nucleares debido a la inclusión de otros parientes, mayor presencia en áreas urbanas que rurales, y menor escolaridad que sus pares, los hogares de jefatura masculina, a los que exceden en edad (Massiah, 1983; Buvinic, 1990; Acosta Díaz, 2000; Oliveira, Eternod y López, 1999). Dos de estos rasgos, el menor tamaño relativo y la integración en unidades extensas, son corroborados por nuestros datos, los que denotan también el importante grado de pobreza que los aqueja.

Implicaciones para el bienestar de las familias: los hogares en persistente situación de pobreza

Los efectos corrosivos del contexto socioeconómico reciente de alta inestabilidad y escaso dinamismo sobre las familias mexicanas, quedan en evidencia en la enumeración de los hogares con mayores niveles de pobreza en el año 2002: los extensos, los monoparentales nucleares con jefatura femenina, y los nucleares biparentales con hijos (Cuadros 5 y 6).

²⁰ Los países del subcontinente con los porcentajes más altos de jefatura femenina son los de El Caribe inglés, los que se caracterizan por una elevada frecuencia de uniones consensuales y de visita, altas tasas de separaciones y divorcios, fuerte emigración masculina, y una importante presencia étnica de población negra. En general, una mayor presencia de uniones consensuales se asocia con una alta inestabilidad conyugal y, por tanto, con una creciente probabilidad de formación de hogares monoparentales o extensos (Massiah, 1983; Buvinic, 1990). Para una discusión sobre estos aspectos véase Charbit (1984), Smith (1966) y Ariza, González de la Rocha y Oliveira (1994).

²¹ Desde esta perspectiva, tales hogares constituirían un rasgo duradero del sistema familiar de América Latina, llegando a representar entre 25 y 45% del total en varios asentamientos de la región durante los siglos XVIII y XIX, probablemente vinculado con el desarrollo de la industria doméstica y la migración a las ciudades (Jelin y Paz, 1992; Kuznesof, 1992; García y Oliveira, 2004).

De acuerdo con la información obtenida por la ENIGH, poco más de la tercera parte de los *hogares extensos* mexicanos son pobres, 8.1% de los cuales son indigentes.²² Aun cuando la escasez de recursos los afecta de manera generalizada, hay momentos particularmente críticos para ellos determinados por las variables exigencias del ciclo vital familiar. Es sabido que suelen ser aquellas etapas en las que el crecimiento y la escolarización de los hijos demandan mayores recursos materiales, las que ejercen una mayor presión relativa sobre los miembros del hogar (Glick, 1947; Hill y Mattessich, 1979). Los datos contenidos en el Cuadro 5 corroboran esta afirmación: la incidencia de la pobreza se eleva de manera abrupta cuando las unidades extensas atraviesan la fase de expansión (hijos de entre 6 y 12 años) o de consolidación (de entre 13 y 18 años o una combinación de estas edades). Llama la atención que esta mayor privación relativa empieza a abarcar ahora también a los hogares en la llamada etapa de pareja vieja sin hijos (cuando la mujer tiene 40 años o más), aspecto preocupante en el marco de la tendencia al envejecimiento que acusa la población. Nótese que la pobreza de estos hogares es superior a la de los hogares jóvenes sin hijos.

Aun dentro de su acotado universo, los hogares extensos no dejan de contener cierta heterogeneidad en lo que a los niveles de pobreza se refiere. Una mirada a su distribución interna (Cuadro 5) revela que dentro de ellos son los monoparentales de jefatura femenina los que se encuentran en la peor situación relativa, con porcentajes de pobreza de 40.1%, seguidos de los biparentales con hijos. Las fases de expansión y consolidación del ciclo vital son momentos extraordinariamente críticos para ellos; en especial la primera. Cuando la atraviesan, más de 60% de las unidades extensas son pobres, magnitud sin duda impresionante; la situación mejora en la etapa subsiguiente, la de consolidación, pero la incidencia de la pobreza abarca todavía a más de 40% de los hogares.

Estos aspectos suscitan la discusión acerca de la instrumentalidad de las unidades extensas como medio para enfrentar situaciones económicas adversas. Mucho se ha escrito en América Latina sobre la conformación de este tipo de hogares como respuesta de los sectores populares ante contextos de crisis o privación relativa (González de la Rocha, 1988; Selby, Murphy y Lorenzen, 1990; Chant, 1994).²³ Se ha procurado encontrar así una relación de

²² También los hogares compuestos registran altos niveles de pobreza (33.2%), pero su peso porcentual es mínimo en la estructura de los hogares mexicanos, pues agrupan a menos de 1% de ellos en ambos años de referencia, 1989 y 2002.

²³ Poca atención se ha prestado, sin embargo, a los factores estrictamente demográficos en su constitución. En su pormenorizado análisis sobre los hogares complejos (extensos y múltiples, integrado por dos o más familias simples), De Vos (1995:46), muestra que variables

asociación entre coyunturas económicas y cambios en la composición de los hogares, en la que por regla general los momentos de crisis favorecerían la proliferación de hogares extensos y/o compuestos (Tuirán, 1993). La mejoría en los niveles de vida que la unidad doméstica ampliada proporcionaría a sus miembros provendría básicamente de la incorporación de personas (familiares) con un potencial laboral que ofrecer, o de brazos entre los que distribuir las tareas de la reproducción doméstica, dejando a otros en libertad de incorporarse a las filas del mercado de trabajo.

La información aquí presentada, si bien no cuestiona que estos factores puedan encontrarse en la génesis de los hogares extensos (sin descontar la estrecha conexión entre ciclo familiar y constitución de los mismos), denota que aun así la situación de las familias extensas deja mucho que desear. Si bien es posible que la necesidad los una, no por ello escapan de la pobreza. Nos preguntamos: ¿hubieran sido mayores las carencias de los miembros de estos hogares de no vivir juntos?, ¿en qué medida hogares extensos y pobreza se refuerzan? Es muy probable que la ampliación del núcleo familiar potencie los recursos humanos y materiales de los miembros del hogar evitándoles caer en situaciones más críticas todavía, pero evidentemente existe un techo a las posibilidades de bienestar relativo que puedan alcanzar, dado tanto por la limitada estructura de oportunidades en que se encuentran, como por sus menguados recursos en términos de capital social y humano.

La situación de los *hogares nucleares monoparentales encabezados por mujeres* también deja mucho que desear: más de la cuarta parte son pobres, y alrededor de 5% indigentes (Cuadros 5 y 6). Si bien las fases de expansión y consolidación del ciclo familiar son los momentos de mayores carencias relativas de recursos para ellos, la etapa de iniciación presenta de igual modo niveles de pobreza importantes. Éste es un punto discrepante con los hogares extensos de jefatura femenina, en los que los porcentajes más altos de pobreza se concentran en etapas posteriores a la inicial (expansión, consolidación, desmembramiento, pareja vieja sin hijos). Naturalmente ello tiene que ver con la fuerte asociación entre conformación de unidades extensas y ciclo familiar avanzado, descrita en la investigación sobre el tema (González de la Rocha, 1994).²⁴

tales como la estructura por edad o el estado marital de las mujeres en edad reproductiva, tienen una influencia considerable en el porcentaje de familias extensas en los distintos países considerados. Dichos hogares son más frecuentes entre los 15 y 24 años, y cuando se tiene 65 y más, y mucho menos entre los de 35 y 44 años. Algunas de las diferencias observadas entre los países por ella analizados desaparecieron al controlar el efecto de las variables sociodemográficas, en particular el estado marital y la edad.

²⁴ Como es sabido, los distintos tipos de estructura familiar varían a lo largo del ciclo, y bien pueden constituir momentos en el desarrollo del grupo familiar, antes que diferentes tipos

Los hogares con jefatura femenina han suscitado una importante discusión académica e institucional vinculada con su condición de grupo vulnerable y con su relativa idoneidad para convertirse en un medio de identificación del conjunto de los pobres urbanos. Con varios lustros de antigüedad, la discusión está lejos de arribar a un consenso (Arriagada, 2001, Lloyd, 1998). Los análisis recientes tienden más bien a destacar su heterogeneidad. La investigación sociodemográfica en México ha llegado a la conclusión de que estos hogares no son necesariamente los más pobres (Cortés, 1997; Cortés y Rubalcava, 1995; Echarri, 1995; Gómez de León y Parker, 2000). Como destacan García y Oliveira (2004), la asociación entre jefatura de hogar femenina y pobreza se sustentó las más de las veces en el examen de los ingresos laborales. Estudios posteriores cuestionaron la idoneidad de este indicador para dar cuenta del nivel de bienestar relativo de estos hogares. El trabajo de Gómez de León y Parker (2000) muestra, por ejemplo, que al menos en el caso de México, lo que evita a los hogares encabezados por mujeres padecer situaciones más agudas de pobreza es la contribución de los ingresos no laborales, entre ellos las remesas, componentes que no se presentan con la misma regularidad en los otros tipos de hogares.²⁵ Todos estos factores han terminado por hacer más complejas las dimensiones analíticas implicadas en el estudio de la jefatura de hogar femenina, las que han transitado desde los aspectos estrictamente económicos a los de la dinámica intrafamiliar para incluir una evaluación de los patrones de autoridad y de solidaridad interna, la violencia familiar, la situación de los menores, y la carga doméstica de las mujeres. De una u otra forma, todas estas dimensiones se encaminan a evaluar la calidad de la vida familiar que tales hogares ofrecen.²⁶ En cierto modo,

de familias. Desde este punto de vista, las etapas del ciclo deben ser vistas como momentos analíticos del tiempo familiar que corresponden a situaciones cualitativamente distintas observables en la realidad, como construcciones analíticas de alto valor heurístico para captar variaciones de organización social y económica a lo largo del tiempo familiar, antes que secuencias normativas (Smith, 1956, Safa, 1990; Ariza, González de la Rocha y Oliveira, 1994).

²⁵ Véase García y Oliveira (2004).

²⁶ La evidencia recabada en México en este sentido muestra que, si bien los hogares con jefatura femenina no son los más pobres, las mujeres jefas sí sobrellevan una carga de trabajo doméstico mayor, comparadas con los jefes (Gómez de León y Parker, 2000). Los resultados en cuanto al bienestar de los menores son mixtos: algunos señalan una mayor deserción escolar a edades tempranas para entrar al mercado de trabajo (*ibidem*); otros, una mayor probabilidad de combinación de escuela y trabajo (Giorguli, 2003). Las discusiones acerca de la calidad de la dinámica intrafamiliar, de más vieja data, tendieron a afirmar la existencia de un clima menos asimétrico de convivencia familiar en las unidades domésticas comandadas por mujeres, y una mejor distribución interna de los recursos y las tareas de la reproducción (Chant, 1997 y 1992; Safa, 1999; Wartenberg, 1999). Estudios más recientes, no obstante, con base en

la ampliación de las dimensiones de análisis ha ocurrido también en una línea de análisis dentro los estudios de pobreza, la que tiende a incluir ahora la noción más omnicomprendensiva de *bienestar*.

Los niveles de pobreza de los hogares *nucleares biparentales con hijos* se encuentran muy cercanos a los que exhiben las unidades nucleares encabezadas por mujeres. En ambos casos las cifras oscilan alrededor del porcentaje global de pobreza para el total de los hogares en 2002. Pero si tomamos en cuenta que dichos núcleos abarcan a poco más de la mitad del universo de las familias mexicanas urbanas, entonces la situación adquiere tintes dramáticos. En números absolutos estamos hablando de más de 11 millones de familias y de más de 47 millones de personas (suponiendo un tamaño promedio de 4.3 miembros por hogar en 2002 y un nivel de pobreza de 28%, muy probablemente subestimado).²⁷ Los datos son realmente alarmantes.

Como en las demás unidades domésticas examinadas, la fase de expansión del ciclo familiar es también el momento más crítico para ellas, pues el porcentaje de pobreza se eleva 7.3 puntos por encima del valor general para el conjunto de las unidades nucleares biparentales con hijos. Le siguen las etapas de consolidación y la inicial. Por el contrario, el momento de mayor holgura económica sobreviene al final del ciclo de vida familiar, en la llamada etapa de desmembramiento, cuando el porcentaje de hogares nucleares biparentales con hijos en situación de pobreza es de apenas 8.3 por ciento.

En suma, los datos analizados ponen de manifiesto la fragilidad de diferentes tipos de arreglos familiares —incluyendo a la familia constituida por el padre, la madre y los hijos— para alcanzar plenamente los objetivos de la reproducción material en el contexto de crisis e inestabilidad económica característico del segundo escenario, aun en presencia de una baja fecundidad y de tasas de dependencia declinantes.

Nos encontramos ante una situación de relativa inviabilidad social del *modelo ideal de familia*, el del jefe varón proveedor único-esposa ama de casa,

encuestas probabilísticas, no encuentran diferencias en la relación entre madres e hijos entre los hogares de jefas y no jefas en lo que se refiere a los patrones de autoridad, en las ciudades de México y Monterrey (García y Oliveira, 2004).

²⁷ Entre la ENIGH de 1989 y de 2002 existen problemas de comparabilidad —derivados de diferencias muestrales— que afectan particularmente la evaluación de los niveles de pobreza. Por ello, es muy probable que el nivel de pobreza general sea bastante más alto que el que los datos muestran. Lo importante para nosotros no es, por tanto, la evaluación del nivel, sino las diferencias en la magnitud de pobreza que afectan a los distintos hogares (extensos, nucleares monoparentales de jefatura femenina, y nucleares biparentales con hijos). Para un análisis de los problemas de la encuesta en este aspecto véase al respecto el capítulo I del *Panorama social de América Latina, 2000-2003*, CEPAL, 2004, recuadros 1.3 y 1.4.

aspecto que contrasta con la fuerte centralidad que este modelo conserva en el plano ideológico-normativo, con la persistente idealización de que es objeto, tanto en el imaginario social como en el discurso programático, al ser continuamente refrendado como el ideal de vida familiar a alcanzar. Más grave todavía resulta el hecho de que los arreglos familiares de múltiples proveedores no logren contrarrestar —aun en condiciones demográficas favorables— los efectos nocivos de la dinámica económica sobre sus niveles de bienestar.

Consideraciones finales

Entre los muchos factores que subyacen a las transformaciones ocurridas en el mundo familiar en las últimas décadas, en este trabajo hemos privilegiado las interrelaciones entre los procesos demográficos y las tendencias socioeconómicas, para dar cuenta del bienestar relativo de las familias mexicanas urbanas a principios del siglo XXI. El análisis de los aspectos más estructurales del cambio demográfico denota una incipiente diversificación de los itinerarios familiares manifiesta en el crecimiento de los hogares no tradicionales (los unipersonales, los nucleares biparentales sin hijos, y los monoparentales nucleares de jefatura femenina), y en la pérdida relativa de importancia del modelo normativo por excelencia: la familia nuclear biparental con hijos.

El descenso de la fecundidad, el cambio demográfico con mayor peso gravitacional sobre la estructura actual de las familias mexicanas, se deja ver en la reducción del tamaño promedio de los hogares y en la menor centralidad de las etapas del ciclo familiar dedicadas a la reproducción sociobiológica (desde la inicial hasta la de expansión). Descenso de la fecundidad y envejecimiento relativo son dos procesos concomitantes —aunque asincrónicos— que han empezado a dejar profundas huellas en la estructura y la dinámica de las familias mexicanas en el cambio de siglo.

El contraste entre dos subperiodos analíticamente diferenciados en el lapso 1950-2002: uno de *alta fecundidad y estabilidad económica*, y otro de *declinante crecimiento demográfico e insuficiente dinamismo económico*, ha tornado visibles las limitaciones que el entorno socioeconómico impone al aprovechamiento cabal de las ganancias derivadas del cambio demográfico. Habiendo arribado a circunstancias demográficas más favorables para su reproducción material en las últimas décadas del siglo XX, las familias mexicanas se han visto obligadas a redoblar esfuerzos para paliar los efectos desastrosos del “cambio económico” sobre sus posibilidades de bienestar multiplicando el número de perceptores. Esta no siempre armoniosa conjunción entre procesos demográficos y tendencias económicas ha tenido un efecto

diferencial sobre las distintas unidades familiares. En el interjuego han resultado perdedoras netas la mayoría de las familias mexicanas, en especial las extensas, las monoparentales nucleares de jefatura femenina y las nucleares biparentales con hijos, las que acusan los mayores niveles de pobreza relativos en el conjunto de los hogares analizados.

Si bien por las limitaciones de los datos disponibles, el examen del bienestar de las familias se ha circunscrito a los aspectos externos más estructurales y a la medición de su grado de pobreza, no es menos relevante conocer el modo en que la dinámica intrafamiliar intercede en el impacto probable de las variables económicas. El bienestar que, como agentes activos, los hogares pueden lograr descansa no sólo en la posibilidad de multiplicar el número de contribuyentes para contrarrestar los efectos adversos de las políticas económicas, sino en la *calidad* de la vida intrafamiliar, en la medida en que ésta se encuentre presidida por un esquema de relación equitativo, entre otros aspectos. Las asimetrías internas en la distribución de recursos pueden muy bien recrudecer o aminorar el impacto de las políticas socioeconómicas en curso, en virtud del carácter mediador de la unidad doméstica.

De cara a los años que han de venir, es evidente que las iniciativas de políticas sociales han de tomar en cuenta no sólo las necesidades derivadas del cambio demográfico y los efectos adversos de las políticas económicas sobre determinados tipos de familias, sino la medida en que la dinámica intrafamiliar puede constituirse también en un factor propulsor de una mejor calidad de la vida de los hogares.

Recibido: agosto, 2005

Revisado: febrero, 2006

Correspondencia: M. A.: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM/Circuito Maestro Mario de la Cueva sin número/Ciudad de las Humanidades/05510 México, Distrito Federal/correo electrónico: ariza@servidor.unam.mx; O. de O: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/10740 México, Distrito Federal/correo electrónico: odeolive@colmex.mx

Bibliografía

Acosta Díaz, Félix (2000), *Jefatura de hogar femenina y bienestar familiar en México*, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales con Especialidad en Estudios de Población, México, El Colegio de México.

- Aguilar, A. y B. Graizbord (2001), "La distribución espacial de la población. Concentración y dispersión", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 553-604.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2004), "Familias, pobreza y necesidades de políticas públicas en México y Centroamérica", texto elaborado para la *Reunión de expertos sobre familia*, CEPAL, Santiago de Chile, 28 y 29 de octubre.
- (1999), "Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y el Caribe", en Beatriz Figueroa (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos. V Reunión de Investigación Demográfica en México*, vol. 4, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 161-175.
- , Mercedes González de la Rocha y Orlandina de Oliveira (1994), "Características, estrategias y dinámicas familiares en México, América Latina y el Caribe", trabajo preparado para la Population and Quality of Life Independent Commission (mimeo.).
- Arriagada, Irma (2001), *Familias Latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (División de Desarrollo Social, Serie Políticas Sociales, núm. 57).
- (1997), *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (Serie Políticas Sociales, 21).
- Boltvinik, Julio (2001), "Dinámica y características de la pobreza en México", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 950-990.
- Buvinic, Mayra (1990), *La vulnerabilidad de los hogares con jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 1991, 43 p.
- Carrillo, Jorge y M. Eugenia de la O (2003), "Las dimensiones del trabajo en la industria maquiladora de exportación de México", en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coords.), *La situación del trabajo en México*, México, Instituto de Estudios del Trabajo, Universidad Autónoma Metropolitana y Plaza y Valdés, pp. 297-322.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (2002), *Boletín Demográfico*, núm. 69, *Estimaciones y proyecciones de población, 1950-2050*, Santiago de Chile, CELADE.
- Cortés, Fernando (2000), "Crisis, miembros del hogar e ingresos", en *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 13, pp. 35-36.
- (1997), "Determinantes de la pobreza de los hogares, México, 1992", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 2, pp. 131-160.
- y Rosa María Rubalcava (1995), *El ingreso de los hogares*, México, INEGI, El Colegio de México, UNAM.
- Chackiel, Juan (2000), "El envejecimiento de la población latinoamericana: ¿hacia una relación de dependencia favorable?", *Serie Población y Desarrollo*, núm. 4, Santiago de Chile, CELADE, División de Población.

- Chant, Sylvia (1999), "Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre el tema de las madres solas", en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, Guadalajara, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y Plaza Valdés editores, pp. 97-124.
- (1997), *Women-Headed Households. Diversity and Dynamics in the Developing World*, Nueva York, St. Martin's Press.
- (1994), "Women and Poverty in Urban Latin America: Mexican and Costa Rican Experiences", en Fatima Meer (ed.), *Poverty in the 1990's: The Response of Urban Women*, París, UNESCO/International Social Science Council, pp. 87-115.
- (ed.) (1992), *Gender and Migration in Developing Countries*, Londres y Nueva York, Bellhaven Press.
- Charbit, Yves (1984), *Caribbean Family Structure: Past Research and Recent Evidence from the WFS on Matrifocality*, Voorburg, Holanda, International Statistical Institute (Scientific Reports, 65).
- De Vos M., Susan (1995), *Household Composition in Latin America*, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin (The Plenum Series on Demographic Methods and Population Analysis).
- Echarri, Carlos Javier (1995), "Hogares y familias en México: una aproximación a su análisis mediante encuestas por muestreo", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 2, mayo-agosto, pp. 245-294.
- Fleck, Susan (2001), "A Gender Perspective on Maquila Employment and Wages in Mexico", en Elizabeth Katz y Maria Correia (eds.), *The Gender of Economics in Mexico. Work, Family, State, and the Market*, Washington, D. C., El Banco Mundial, pp. 133-173.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2004), "Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar", trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Caxambú, Minas Gerais, Brasil, del 18 al 20 de septiembre.
- y Olga Rojas (2002), "Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo xx. Una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 50, vol. 17, núm. 2, mayo-agosto, pp. 261-288.
- y Edith Pacheco (2001), "Participación económica familiar en la ciudad de México hacia finales del siglo xx", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 725-758.
- Garza, Gustavo (2003), *La urbanización de México en el siglo xx*, México, El Colegio de México.
- Giorguli, Silvia (2003), *Transitions from School to Work: Educational Outcomes, Adolescent Labor and Families in Mexico*, tesis de doctorado, Brown University.
- Glick, P. C. (1947), "The family cycle", *American Sociological Review*, vol. 12, pp. 164-174.
- Gómez de León, José y Susan Parker (2000), "Bienestar y jefatura femenina en los

- hogares mexicanos”, en Ma. de la Paz López y Vânia Salles (eds.), *Familia, género y pobreza*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 11-45.
- González de la Rocha, Mercedes (1994), *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Cambridge, Massachusetts, Blackwell Publishers.
- (1988), “De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara”, en Luisa Gabayet *et al.* (comp.), *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), pp. 205-227.
- Hernández Laos, Enrique (1992), *Crecimiento económico y pobreza en México: una agenda para la investigación*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias, UNAM.
- Hill, R. y P. Mattessich (1979), “Family Development Theory and Life-Span Development”, en P. B. Baltes y O. G. Grim (ed.), *Life-Span Development and Behaviour*, vol. 2, Nueva York, Academic Press, pp. 162-204.
- INEGI (2002), *Industria Maquiladora de Exportación*, México, Servicio de Información Estadística de Coyuntura (SIEC), <http://www.inegi.gob.mx/estadistica/espanol/economia/feconomia.html>, marzo.
- Jelin, Elizabeth y G. Paz (1992), “Familia/Género en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas”, *Actas del Congreso sobre Poblamiento en las Américas*, Veracruz, IUSSP-UIEPABEP-FCD-PAA-PROLAP-SOMEDE, vol. 3, núm. 13, pp. 41-69.
- Kuznesof, Elizabeth (1992), “Women, Work and the Family in Latin America: A Life Course Perspective on the Impact of Changes in Mode of Production on Women Lives and Productive Roles”, *Actas del Congreso sobre Poblamiento en las Américas*, Veracruz, IUSSP-UIEPABEP-FCD-PAA-PROLAP-SOMEDE, vol. 2.
- López, María de la Paz (1998), “Composición de las unidades domésticas: revisión de los cambios recientes”, en José M. Valenzuela y Vânia Salles, *Vida familiar y cultura contemporánea*, México, CONACULTA, Culturas populares, pp. 303-352.
- (1989), “Estructura y composición de los hogares en los censos de población”, en *Memorias de la tercera reunión nacional sobre investigación demográfica en México*, México, UNAM y SOMEDE, t. I, pp. 683-696.
- y Haydea Izazola (1994), *El perfil censal de los hogares y las familias en México. Monografías Censales de México*, México, INEGI/Secretaría de Salud/UNAM.
- Lloyd, Cynthia B. (1998), “Household Structure and Poverty: What are the Connections?”, en M. Livi-Bacci y G. De Santis (ed.), *Population and Poverty in the Developing World*, Oxford, Clarendon Press, pp. 84-102.
- Massiah, Joycelin (1983), *Women as Heads of Households in the Caribbean: Family Structure Status*, Colchester, Essex, UNESCO.
- Momsen, Janet H. (1992), “Gender Selectivity in Caribbean Migration”, en Sylvia Chant (ed.), *Gender and Migration in Developing Countries*, Londres y Nueva York, Bellhaven Press.
- Montes de Oca, Verónica (2001), *El envejecimiento en México: un análisis sociodemográfico de los apoyos sociales y el bienestar de los adultos mayores*, tesis de doctorado, México, CEDDU, El Colegio de México.

- Morelos, J. (1972), "Niveles de participación y componentes de cambio de la población activa de México, 1950-1970", *Demografía y Economía*, vol. VI, núm. 3, pp. 298-318.
- Oliveira, Orlandina de (1999), "Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos", en *Demos. Carta demográfica de México*, núm. 12, pp. 32-33.
- , Marina Ariza y Marcela Eternod (2001), "La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios", en *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 873-923.
- , Marcela Eternod y Ma. de la Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población*, México, El Colegio de México, pp. 211-271.
- Peláez, Martha, Alberto Palloni y Marcela Ferrer (1999), "Perspectivas para un envejecimiento saludable en América Latina y el Caribe", en *Encuentro latinoamericano y caribeño sobre las personas de edad*, Santiago de Chile, FNUAP-CEPAL-OPS.
- PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) (2004), *Informe sobre Desarrollo Humano, 2003. La libertad cultural en el Mundo diverso de hoy*, <http://hdr.undp.org/reports/global/2004/espanol/Indicadores>
- Quilodrán, Julieta (2004), "La familia, referentes en transición", proyecto *Las parejas conyugales jóvenes, su formación y descendencia*, Centro de Estudios Demográficos y Urbanos, El Colegio de México (mimeo.).
- (2001), "Un siglo de matrimonio en México", en J. Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.), *Cien años de cambios demográficos en México*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 242-270.
- Rendón, María Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG)/ Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- y Carlos Salas (1987), "Evolución del empleo en México: 1895-1980", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, vol. 2, núm. 2, mayo-agosto.
- Rossetti, Josefina (1994), "Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe", en *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL/UNICEF, pp. 17-65.
- Rubalcava, Rosa María (2001), "Evolución del ingreso monetario de los hogares en el periodo 1977-1994", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, CONAPO y FCE, pp. 694-724.
- Safa, Helen (1999), "Prólogo", en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Secretaría de Educación Pública (SEP)/ Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT)/Plaza y Valdés, pp. 9-16.
- (1990), "Women and Industrialisation in the Caribbean", en Jane Parpot y Sharon

- Stichter (eds.), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour*, Londres, Macmillan, pp. 72-97.
- Selby, Henry A., Arthur D. Murphy y Stephen A. Lorenzen (1990), *The Mexican Urban Households Organizing for Self Defense*, Austin, University of Texas Press.
- Smith, R. T. (1966), "Introduction to the Second Edition", en E. Clarke (ed.), *My Mother who Fathered me: A Study of the Family in Three Selected Communities in Jamaica*, Londres, Allen & Unwin, pp. i-xliv.
- (1956), *The Negro Family in British Guiana: Family Structure and Social Status in the Villages*, Londres, Routledge, Kegan and Paul.
- Tuirán, Rodolfo (1993), "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 7, pp. 662-676.
- Wartenberg, Lucy (1999), "Vulnerabilidad y jefatura en los hogares urbanos colombianos", en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, CIESAS, Sep-CONACYT y Plaza y Valdés, pp. 77-96.
- Zenteno, René (2002), "Polarización de la movilidad social en México", en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 15, pp. 17-18.